

Lo que sea de cada quien

Desencuentro con Kapuściński

Vicente Leñero

—¿Quieres conocer a Kapuściński?

—¿Capuchinski, Capuchinski?—pregunté a la manera de Garibay—¿El periodista Capuchinski?

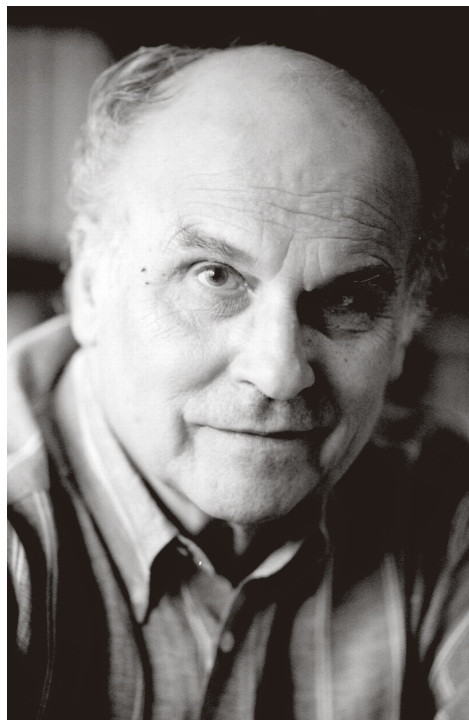
—Está en México. Vamos a cenar con él.

Quien me hablaba por teléfono era Michael Rowe, miembro de mi taller literario de los jueves. Eran las doce y treinta de la noche y me había tenido que levantar de la cama para contestar. Estaba en pijama, sorprendido de que Michael conociera al famoso periodista polaco.

Nacido en Australia, delgado y frágil como un canario, Michael tenía más de diez años de vivir en México. Sorprendía su facilidad, no sólo para hablar en español, sino para escribirlo con académica corrección. Había estudiado en el Centro de Capacitación Cinematográfica donde se diplomó con un guión titulado *Naturaleza muerta* y ahora trabajaba en otro, muy audaz, muy difícil de llevar a la pantalla, que años más tarde convirtió por fin en *Año bisieto*, una película que seleccionó el Festival de Cannes 2010 y con la que ganó —para asombro y exultación de quienes lo conocíamos— el gran premio Cámara de Oro, y aquí en México el Ariel a la mejor ópera prima de 2011.

Pero eso fue después. Antes de la fama repentina que le llegó como lluvia de verano a refrescar su vida, Michael estaba casado con Ana Ávila, una talentosa periodista que conoció a Kapuściński cuando éste impartió un seminario de periodismo en Venezuela y otro en la Fundación Nuevo Periodismo Independiente.

Ana Ávila volvió a encontrarse con Kapuściński en 2002. El periodista polaco había sido invitado por la editorial Anagrama para presentar en México su libro más reciente: *Los cínicos no sirven para este oficio*. A los representantes de la editorial, sabe-



Ryszard Kapuściński

dores de que su autor huía de fervorosos e intelectuales, se les ocurrió ocultarlo en el Flamingos, un hotel de Tacubaya en avenida Revolución. El primer desconcertado fue el polaco: él conocía el México de los sesenta cuando viajó aquí como reportero sin fama, y ahora se preguntaba ¿dónde estoy?, porque salía del Flamingos y sólo encontraba misceláneas y vulcanizadoras.

Su antigua alumna Ana Ávila llegó en su auxilio —la edecán de Anagrama se desapareció de repente— y lo llevó a recorrer la Cuauhtémoc, la Roma, la Zona Rosa convertida ya en un mercado sexual de desmades y narcomenudeo. Nada se parecía a los rumbos que recorrió Kapuściński cuando vino a reportear a la Ciudad de México.

Aquel jueves a las doce y treinta de la noche, Ana y Michael Rowe planearon llevar al periodista a cenar tacos al pastor —que él añoraba tanto— y fue cuando Michael

me telefonó para ofrecerme el privilegio de conocerlo.

Lo dudé unos instantes. Estaba adormilado y tendría que vestirme, sacar el auto, manejar hasta una taquería de Álvaro Obregón a zamparme cuatro o cinco tacos al pastor que ni siquiera me gustan.

—Me encantaría conocer a Capuchinski —le respondí al fin—, pero no, Michael, a estas horas no, me da una pereza infinita.

Me arrepentí después, por supuesto.

Y fueron Michael y Ana quienes oyeron al polaco lamentarse de deterioro sufrido por nuestra ciudad cuarenta años después, quienes lo escucharon en exclusiva despotricar contra el presidente Bush, y exponer aquella teoría de que el ataque a las Torres Gemelas no fue realizado por los talibanes de Osama Bin Laden, sino por una célula musulmana independiente que se inmoló y se consumió a sí misma en el terrible episodio. Bush lo sabía con certeza —según las fuentes políticas que informaron a Kapuściński— pero utilizó el hecho, aprovechó la oportunidad para su brutal asalto al Medio Oriente con miras al negocio familiar petrolero.

—¿Eso te dijo Capuchinski, Michael?

—Eso me dijo.

—¿Cómo que una célula musulmana independiente? ¿No te explicó más?

—No le pregunté.

—¿Y le preguntaste si era cierto que había conocido en persona al Che Guevara? Ahora hay quien dice que eso fue periodismo ficción, que nunca habló con él.

—No, no le pregunté.

—¿Le preguntaste qué tanto se vale utilizar la ficción en el periodismo?

—¡Nada de eso le pregunté! —se exaltó Michael—. Tú tienes la culpa por no haber ido a los tacos. ■